

de mover los animos con una fuerza mas Divina que Humana. Porque de tal manera con una suma erudicion junta vn fervor de prudencia admirable, que enseñando mueve al Lector, y penetra hasta lo mas intimo de las entrañas, y la compunge con unos estímulos de Serafin, y le baña de una suavissima dulçura de devocion; y admirando esta gracia en su boca, y en su estilo, nuestro predecesor Sixto IV. Sumo Pontífice, no dudó dezir que parecia el Espíritu Santo aver hablado en San Buenaventura. Hizo Dios muchos, y muy grandes milagros, por los merecimientos de San Buenaventura despues de su muerte, sanó muchos enfermos de todas enfermedades, resucitó à vn niño muerto, socorrió à muchas mugeres que estavan con rezios dolores de parto, que fueron libres, y remediadas por la invocacion, y merecimientos deste Santo; al qual canonizó, y puso en el Catalogo de los Santos el Papa Sixto IV. deste nombre, que avia sido Frayle, y General de la Orden de San Francisco, el año de mil y quatrocientos y ochenta y dos, y ducientos y ocho años despues que el Santo murió. Y el Papa Sixto V. Frayle de la misma Orden, mandó que se rezasse de San Buenaventura cō la misma solemnidad que por constitucion de Bonifacio VIII. se reza de los quatro Doctores de la Iglesia, y por la del Papa Pio V. de Santo Tomàs de Aquino. Escribe de San Buenaventura el Martyrologio Romano à los catorze de Julio, el Papa Sixto IV. San Antonino, y Pedro Galefino Protonotario Apostolico, y mas copiosamente la Coronica de la Orden de San Francisco, en la qual en la segunda parte, lib. 2. cap. 7. se dize, que amó tanto la pobreza hasta la muerte, que hasta el Pontifical que dexó, todo fue de lienço de poco valor, como oy se vee en San Francisco de Leon de Francia, y que en su traslacion que se hizo el año de mil y quatrocientos, y treinta y quatro, y ciento y setenta años despues de su muerte, à otra Iglesia mayor de San Francisco, fue hallada su cabeza entera con sus cabellos, labios, y dientes, y lengua fresca, y ninguna cosa mudada de quando vivia, y su coraçon sin corrupcion alguna.

Sixto IV.
in Bul. Ca
noni. Ant
3. p. his. ti.
24. c. 8. c.
9.

VIDA DE SAN ENRIQUE,
Emperador.

SAN Enrique, Emperador de Alemania, llamado por su gran devocion el Pio, fue hijo de Enrico, Duque de Baviera, y heredó los Estados de su padre, siendo moço de raras virtudes, y partes naturales de grande ingenio, y letras, mas que suelen caber en las ocupaciones de los Principes. Fuè despues elegido cō gran conformidad el año de mil y vno, por Emperador de Alemania, sucediendo en el Imperio à Otton Tercero. Los Historiadores Italianos cuentan à San Enrique por Primero deste nombre, porque à Enrique, Duque de Saxonia llamado Auceps, que precedió antes en el Imperio, no le ponen en el numero de los Emperadores, por no aver baxado à Italia, ni coronado en ella. Seis años antes de subir San Enrique à la dignidad Imperial, estando en Ratisbona, se le apareció San Vvolfango, Obispo de aquella Ciudad, en una notable vision, representòle que estava en la Iglesia de San Emmeramo, para visitar el sepulcro de San Vvolfango que estava en ella. Apareciósele luego el Santo, diciendole: Mira con atencion las letras que están escritas en la pared, junto à mi sepulcro. Hizòlo assi Enrique, y notó estar escritas estas solas palabras: *Poss. sex.* Despues de buuelto en si, rebolvia en su pensamiento, q̄ le queria el Cielo significar con aquella cifra. Parecióle al buen Principe lo mas seguro, que dentro de seis dias moriria, y assi hizo luego grandes limosnas, y se dispuso para esperar la muerte; mas pasado el termino de seis dias sin caer malo extendió el piadoso Duque la interpretacion de aquella escritura à seis meses, en los quales se ocupó todo en prepararse para morir al cabo dellos; mas como tambien se alargava su vida à mas tiempo, alargò tambien S. Enrique el sentido de aquellas palabras à seis años, disponiendose tambien en ellos para su vltimo dia, porque desta manera le quiso obligar la Divina Bondad à adelantarse en las muchas virtudes que tenia, y disponerle para q̄ fuesse vn verdadero dichado de Emperadores, y Principes christianos. En cūpliendose los seis años fue elegido por Emperador, y acabó de entender q̄ la revelacion que avia tenido no era de su

muer-

muerre, sino de la Magestad del Imperio Romano. No le faltó en su eleccion ningun voto, sino el de Heriberto, Arçobispo de Colonia, que aunque fue varon Santissimo, entre èl, y el Santo Emperador Enrique no avia la correspondencia q̄ merecian las virtudes de entrambos, por causa de algunos malines, y siniestras informaciones de gente imbidiosa hasta que ilustró Dios al Santo Emperador, revelandole la verdad, y quan gran siervo suyo era el Arçobispo de Colonia. Fuese luego el piadoso Principe à pedir perdon al Santo Prelado, de no aver sentido del con la estimacion que debiera, todo con grande humildad, y muestras de amor del Santo Emperador, el qual no quedando contento con solo esta reconciliacion, à la noche siguiente, despues de Maytines se fue solo à la camera de San Hiriberto, mas no hallandole alli, sino en vn Oratorio, donde solia estar el Santo Prelado largas horas en oracion, entró en èl, y despojandose de su Palio Imperial, se postró en el suelo à los pies del Arçobispo, y con grande humildad, y contricion de su espíritu le tornó à suplicar le perdonasse, y admitiesse como à Sacerdote de christo. El Santo Arçobispo le levantó del suelo con gran contento suyo, quedando de alli adelante muy amigos. Verdaderamente fue este vn grande exemplo de humildad, y sujecion à la Iglesia, porque no aviendo ofendido el Emperador ni de obra, ni de palabra al Arçobispo, dió muestras de tan rara penitencia, y rendimiento por solo lo que le avia pasado por el pensamiento cōtra vn Prelado Ecclesiastico, y siendo mal informado. Fue el Emperador Enrique justo, piadoso, favorecedor de los buenos, y de los Letrados, muy temeroso de Dios, y deseoso de acertar en todos; y assi para qualquiera cosa que huviesse de poner, ò hazer en el gobierno del Imperio, primero la consultava con Dios, dando largas limosnas, y orando fervorosamente, para que el Señor le alumbrasse para hazer lo q̄ fuesse de su mayor servicio. A los que le davan consejo oia de buena gana, y à los Ecclesiasticos que se reprehendian, aunque no fuesse por culpa suya premiava largamente. Estava vn dia el Emperador para asistir à vnos espectaculos, ò fiestas publicas que se hazian de vnos ossos, y vn hòbre cubier-

to de miel. Pareció mal esto à San Popo Abad, y reprehendió al Emperador, por aver querido assistir à tales fiestas. El Santo Principe luego las dexó, y mandó no se hiziesen, quando tan agradecido à su reprehensor, que le hizo Abad Estabulense. Tuvo este piadoso Principe gran cuydado en amplificar la Religion Catolica, y el culto Divino dando grandes riquezas, posesiones, y rentas à las Iglesias, y reparando muchas que estava destruidas de los Esclavones, y otros barbaros, contra los quales fue valerosissimo, è invencible, por q̄ aviendo vencido à Roberto, Rey de Francia, à que excelente Principe, y assi hecho pazes con èl, mandó juntar Dietra, en la qual determinó hazer guerra à los infieles, especialmente à los Polacos, Bohemios, Moravios, y Esclavones. Iuntó vn buen Exercito, y confiando en Dios, y ciendose con la espada, que avia sido de San Adriano Martyr, salió à campaña contra tantos enemigos. Llegandose à alojar à vn campo, donde avia estado la Iglesia de Merseburg, viendo aquel Santo lugar todo destruido, y assolado, hizo voto à San Lorenzo de reedificar aquella Iglesia en honra suya, si alcançava victoria. Los Principes de Polonia, y Bohemia, y de los Esclavones, y Moravia, juntaron vn formidable Exercito de gente innumerable; saliendo al encuentro al piñissimo Emperador, el qual no por esto temió, sino confiando en el Señor mandó que todo su Exercito confesasse, y comulgasse, como solia hazer, y encomendádose afeñosamente à San Lorenzo, San Jorge, y San Adriano Martyres, exortó à los suyos à pelear animosamente, esperando el favor del Cielo. Vió luego à los tres Santos Martyres, y vn Angel q̄ venian en su favor, yendo delante de su gente, matando à la de los enemigos, y haziendolos huir con lo qual alcançó vna milagrosa victoria, sin derramamiento de sangre de los soldados Alemanes del S. Emperador el qual hizo tributarias à Polonia, Bohemia, y Moravia quedando agradecidissimos al Señor de los Exercitos, que con tan manifesto milagro le avia hecho vencedor de sus contrarios. Cūplió luego su voto, reedificando la Iglesia q̄ avia prometido. Tuvo despues otra victoria no menos maravillosa de los Borgoneses, los quales estando muy poderosos, y armados, no por temor, sino por vn instin-

to divino, se le rindieron sin querer pelear, regalándole con paz, porque el Santo Emperador peleava mas con oraciones, que con armas; y así le hizo Dios triunfador de sus enemigos, sin muerte, ni derramamiento de sangre.

Fundó totalmente el Obispo de Bamberg, haciéndole tributario de la Iglesia Romana, y consagrandole à los Principes de los Apóstoles San Pedro, y San Pablo, y à San Jorge Mártir, haciendo otras grandes liberalidades con muchas Iglesias; porque el Santo Emperador, no queria tener sino à Dios por heredero, y aunque se casó por contentar à los Principes de Alemania, con Cunigunde hija del Conde Palatino del Rin, guardaron ambos castidad virginal, viviendo como hermanos en grande paz, y conformidad, empleándose en heroicas obras de virtud. Mas el enemigo comun no pudiendo sufrir que hiziesen en la tierra vida tan Angelica, y pacifica los dos Santos casados, instigó à algunos calumniadores que levantassen vn falso testimonio à la Santa Emperatriz, poniendo dolo en su honestidad; mas el Señor declaró su inocencia con vna grande maravilla, porque anduvo la honestissima señora los pies desnudos sobre barras de hierro hechas afuera, sin quemarse, en testimonio de que era virgen, que ni el Emperador su marido, ni otro hombre nacido avia violado su entereza, y virginidad.

Pasó el Religioso Emperador à Italia para restituir, como lo hizo, à la Silla de San Pedro à Benedicto Octavo, de la qual avia sido injustamente despojado, y componer las cosas de aquellas Provincias, e de aviendo con gran valor recobrado la Provincia de la Pulla, que la avian usurpado los Griegos, y sujetado à los infieles q̄ en Italia avia, le apretó vn gr̄de dolor de piedra, el qual llevaba el siervo de Dios con singular paciencia, y humildad; pero viendo que su salud era necesaria, y que los remedios humanos no se la davan, quiso ayudarse de la intercession de San Benito, cuyo sepulcro fue à visitar al monte Casino, ante el qual hizo oracion, pero muy dudoso si estava allí el cuerpo del Santo, porque en aquella façon avia corrido fama que le avia hurtado. Quando acabó la oracion San Enrique, y se fue à descansar, se le apareció en sueños S. Beni-

to, que traia en la mano vna navaja de Cirujano, con que abren à los de mal de piedra, y dixo al Santo Emperador: Porque esperaste en Dios, y en tus Santos, vengo à ti para curarte; yo soy aquel cuyos huesos pensavas no estavan en mi sepulcro, y en testimonio de la verdad te sanaré de tu enfermedad, y dolores. Diciendo esto, abria el Santo aquella parte del dolor, y sacó blandamente la piedra, poniendo la en la mano del enfermo, que quedó ya sano milagrosamente. Quando despertó S. Enrique, y se vió con la piedra en la mano, y del todo bueno, mandó à sus guardas le llamasen luego à todos los Principes, y Obispos que venian con él, y lleno de contento, y agradecimiento al Autor de tan grandes maravillas, les manifestó lo que avia pasado, y mostró la piedra que San Benito le sacó: pidiendo à todos le ayudassen à ser agradecido à Dios, y con consejo de aquellos Principes dió à aquel Monasterio grandes dones, y riquezas, y lo mismo hizo con otros muchos de la Orden de San Benito.

Estando en Roma el devotissimo Principe, donde fue coronado con gran solemnidad del Papa Benedicto, reparó que los Sacerdotes de Roma no dezian el Symbolo en la Misa despues del Evangelio, como lo hazian en otras partes, y preguntando la causa, le fue respondido, que por la firmeza de la Fé de la Silla Romana, que nunca avia sido contaminada de alguna heregia, y así mas necesidad avia de repetirse la confession de la Fé en otras partes, donde avian entrado muchas heregias. Con todo esto persuadió el piadoso Principe al Papa, que tambien mandasse dezir en Roma el Symbolo, como se hazia en toda la Christianidad; así porque diese Roma exemplo à las demás Iglesias, como por la vni-formidad de todos los Católicos, y tambien porque convenia que la autoridad primarie de la Iglesia Romana condenasse dentro de sus muros todas la heregias, diciendo el Symbolo de la Fé.

Quando bolvió à Alemania San Enrique, quiso passar por Francia, y visitar el Monasterio Cluniacense, que florecia entonces con fama de gran santidad; tuvo allí muchos consuelo de su espíritu el religioso Principe, y estando oyendo la Misa de la Catreda de San Pedro, llevando de vn

gran

gran fervor ofreció en ella su corona de oro, llena de preciosissimas piedras dando despues à aquella santa casa muchas tierras, y possessiones en Alsacia. Por la grande devocion que tenia este piadoso Emperador à la Silla de San Pedro, rogó al Papa Benedicto Octavo, à quien avia restituido à su dignidad, visitasse à Alemania, principalmente al Obispo de Bamberg, que le avia hecho feudo suyo, con pensión que pagasse el Obispo al Sumo Pontifice cada año cien marcos, y vn cavallo blanco. El Pontifice, que estava tan obligado del Emperador le quiso dar gusto en esto; fue grandemente festejado el Vicario de Christo del devoto Emperador en toda Alemania, principalmente en la ciudad de Bamberg, donde le recibió San Enrique con gran solemnidad, humildad, y devocion suya.

Tuvo gran zelo este Santo Principe de amplificar la Religion Christiana, y deseoso de la conversion del Reyno de Vngria, casó à su hermana Gisila con el Rey de aquellas gentes, que fue San Estevan el qual con el favor del Emperador su cuñado reduxo todas sus Provincias al yugo de Christo.

Despues de tan heroicas obras de virtud, y muchas victorias, que alcanzó San Enrique como valeroso Emperador de sus enemigos, saliendo siempre vencedor, tuvo vna dichosa muerte, y el qual viendo que llegava su vltima hora llamó à todos los principes del Imperio, y tomando por la mano à su muger Santa Cunigunde, se la encomendó encarecidamente, declarando como estava virgen, y que él nunca avia llegado à ella. Encomendóles tambien que eligiesen por Emperador despues de su muerte à Conrado, Duque de Suevia principe muy valeroso, y digno del Imperio. Murió San Enrique de cincuenta y dos años, aviendo sido los onze Emperador, fue sepultado en su Iglesia de Bamberg, donde nuestro Señor le ilustró con muchos milagros, aunque no faltaron algunos que le fueron adversos despues de muerto. Pero Dios nuestro Señor, que mira por la honra de los suyos, miró por la del Santo Emperador. Tratándose por orden del Emperador Conrado en Roma de la canonizacion del piadosissimo principe Enrique su predecesor, avia vn Cardenal que lo

resistia, y estorvava mucho, alargandose à dezir mal del Santo, pero estando vna vez murmurando dél quedó de repente ciego; conoció ser castigo de Dios, y à vezes lo publicava, trocando en alabanzas las calumnias que antes avia dicho. Hizo penitencia de su pecado, y pidió perdon al Santo Emperador, por cuya intercession tornó à cobrar la vista milagrosamente.

Otro Sacerdote de la Iglesia de Bamberg comenzó à dudar de los milagros que hazia San Enrique, y à pesarle de la honra que le hazian todos como à Santos, tuvo el mismo castigo del Cielo; perdiendo la vista de los ojos; quando sintió esta plaga tuvo gran pena, y hazia muchas oraciones, y rogativas à varios Santos; por que le diessen vista. Vn día despues de aver hecho muchas devociones se quedó dormido, apareciósele luego San Vvo Fango, de quien era devotissimo, el qual dixo al Sacerdote: Ora al Santo Confessor de Christo Enrique Emperador, y él te librará de tu afliccion, porque en castigo de aver sentido mal de su santidad te sobrevino la ceguera que padeces. Despertó con esto el Sacerdote, y fue luego al sepulcro de san Enrique, à quien pidió perdon con muchas lagrimas, y juntamente la vista que avia perdido justissimamente en el cuerpo, pues estava tan ciego en el alma que no veía la Luz, y resplandor de sus grandes virtudes. Oyóle el siervo del señor s. Enrique, por cuyos merecimientos cobró luego la vista el afligido Sacerdote, el qual quedó tan agradecido al Santo por el beneficio recibido, que se hazia lenguas en loores, y alabanzas suyas.

Tuvo San Enrique vn hermano llamado Bruno, que fue Obispo de Augusta, el qual por no ser muy hermano del Santo Emperador en las costumbres, no lo era tampoco en el afecto, teniendo embidia de la honra à que avia subido, y à la que todos le hazian, por su excelente vida, y hechos. Despues de muerto su Santo hermano procuró deshazer algunas cosas, que en vida avia dispuesto, especialmente el señorio, y tierras que dió al Obispo de Bamberg; y así procuró con el Emperador Conrado, que sucedió à san Enrique, que se deshiziese aquel Obispado, dandose sus rentas à la Reyna de Vngria Gisila, muger

muger de San Estevan, Rey, y hermana del Santo Emperador, á la qual dezia que pertenecia. Ya estavan las cosas dispuestas para que en la primera junta que se hiziesse, á la qual avia de asistir Bruno, como el principal motor, se avia de poner luego en execucion el desposseer al Obispo de Bamberg. La noche antes se apartó San Enrique á su hermano Bruno con va rostro maltratado, y la mitad de la barba arrancada. Preguntóle Bruno, quien avia sido tan atrevido, y temerario, que le huviesse puesto assi? Respondiòle el Santo Emperador: Tu eres el que me maltratas, que has procurado quitar á mi, y á los Santos de Dios lo que yo les he dado, mira lo que hazes, y desiste de estos intentos, porque si no, serás castigado de Dios rigurosamente. Despertò Bruno asombrado, y temblando de lo que avia oido, desistió luego de lo que avia pretendido, publicando lo que le avia pasado, y confessando lo mal que avia hecho en intentarlo. Escribió la vida de San Enrique Emperador A debaldo Obispo, y trae una muy fidedigna Enrique Ganisio, y la refiere el Cardenal Belarmino en su libro del Principe Christiano. Tambien ponen su vida los Escritores de las vidas de los Emperadores, y Francisco Haerec en las vidas de los Santos que juntó.

LA VIDA DE SANTIAGO OBISPO DE Nisibe, y Confessor.

A 15. DE JULIOL. **L**a vida de Santiago Obispo de Nisibe, escribió Teodoreto, Obispo de Cir, de esta manera. Nisibe es vna Ciudad rica, y populosa, en los confines del Imperio Romano, y del Reyno de Persia; en la qual nació este grande, y santissimo varon: dióse desde su mocedad á la virtud, y al recogimiento, y retirandose á vn desierto hizo vida solitaria, aspera, y penitente. El Verano vivia, y dormia en el campo: el Invierno se recogia á vna cueba estrecha: no comia sino de las yervas que de suyo produce la tierra: vestia se de pelos de cabras, aligia su cuerpo con ayunos, y penitencias, y recreava su alma con perpetua oración, y contemplacion del sumo bien: y el Señor le favorecia con varias, y Divinas ilustraciones, y le declarava mucho antes lo que despues avia de venir. Pero co-

mo en su tiempo el Demonio anduviesse suelto, y mucha gente estuviessse sepultada en las tinieblas de la Idolatria, y el santo fuesse muy zeloso de la Gloria del verdadero Dios, y del bien de aquellas almas, que el Demonio en la sombra de la muerte tenia cautivas: vino le gana de entrar en Persia, y probar, si con su presencia, y doctrina podia ayudar en algo á nuestra santa Religion, y alumbrar á los ciegos Gentiles de aquel Reyno.

A la entrada, pues de vn Pueblo de Persia, vió que estavan vnas mugeres lavando cerca de vna fuente, con poca modestia, y recato; las quales quando le vieron, no solamente no le hizieron acatamiento, mas como eran Idolatras, y de poca verguença començaron á mirarle descombueltamente, y como á hazer burla dél. El santo, aunque por lo que á él tocava, se holgava de su menosprecio, toda via le pareció, que para exaltacion de nuestra santa Fè convenia hazer alguna demonstracion, y castigar aquel atrevimiento; y movió del Señor, mandó á la fuente que se secasse, y assi luego se secó, y echó su maldicion á las mugeres que labavan: las quales subitamente vieron sus cabeças llenas de canas, y que su cabello negro, ò rubio avia tomado otro color. Con esto conocieron, que aquel era mas que hombre, y fueron corriendo á la Ciudad, avisando lo que avian visto, y como la fuente se avia desaparecido, y mostrando sus cabeças blancas: salió el pueblo á honrar, y reverenciar al santo, y á suplicarle que alcasse la mano de aquel justo castigo, y él lo hizo, y con su oracion restituyó á la fuente sus aguas, y mandó que viniesen á él aquellas mugeres, y algunas vinieron, y otras no, mas los cabellos de las que vinieron, y se sujetaron al santo, cobraron su natural color, y las que no quisieron venir, se quedaron con sus canas.

Otra vez vió que vn Iuez de los Persas avia dado vna injusta sentençia; estava allí cerca del Tribunal vna gran peña, y como si tuviera sentido, mandóla santiago que se partiese en muchos pedaços, para que el mal Iuez conociesse la mala sentençia que avia dado; y al momento la peña se hizo pedaços, quando todos los circunstantes admirados, y el Iuez temblando, y confuso, y revocando la sentençia que avia dado,

dó, pronunció otra justa, y conforme á razon.

Con estas, y otras cosas milagrosas semejantes á estas començò Santiago á resplandecer, y á ser muy famoso, y estimado en el mundo; y estando vacante la Silla Obispal de su Ciudad, por divina voluntad fue elegido por Obispo, y él baxó el cuello al yugo, por no resistir al Señor. Pero no por aver subido á mas alta dignidad dexó su humildad, y pobreza, y la manera de vivir que antes tenia; la comida, el vestido de la cama, y lo demás de su persona era lo mismo que antes, y solo avia mudança en los nuevos cuidados que le avian recrido de apacentar sus ovejas, focorrer á los pobres, provecr los buerfanos, consolar á las viudas, y desentrañarse á si por hazer bien á todos. Y como era tan grande su misericordia, y liberalidad para con los pobres, vna vez algunos dellos se juntaron para facarle con embuste, y engaño vna limosna, pidiendosela para vno dellos que dezian era muerto, y él en el semblante lo mostrava. Enterneciòse el Santo, y alcanzando los ojos al Cielo, suplicó á nuestro Señor que recibiesse el alma de aquel pobre hombre muerto en sus moradas eternas, y dió á los otros la limosna que le pedian, y siguió su camino: pero quando los otros pobres llamaron al que se avia fingido muerto, para que gozasse del fruto de su engaño, hallaronse ellos engañados, y vieron que estava verdaderamente muerto; y asombrados se fueron tras el santo Obispo, suplicandole humildemente que los perdonasse, y que restituyesse la vida á su compañero muerto, pues su pobreza, y no otra causa, los avia movido á hazer lo que hizieron: y el Santo se enterneciò, y imitandola clemencia del Señor, con su oracion dió la vida que avia quitado al que estava sin ella, y muerto en el suelo.

Entre los otros insignes, y divinos varones que se hallaron en el Concilio Niceno, siendo Emperador el gran Constantino, para condenar las blasfemias, y heregias del desventurado Arrio, fue vno nuestro santo Obispo; y despues quando el perverso Arrio pretendió con mano armada entrar en la Iglesia de Constantinopla, y apoderarse della, el mismo santo Obispo aconsejó á San Alexandro,

Obispo de Constantinopla, que ayunassen, y orassen, y pidiesse en nuestro Señor que bolviessse por la verdad de su Fè, y reprimiessse aquella furia infernal que la turbava; y por la oracion de los dos santos Obispos, Dios lo hizo con vn evidente milagro; porque viniendo Arrio vna mañana acompañado de gran muchedumbre de soldados, y gente de guerra, para entrar por fuerza en la Iglesia, en cierta necesidad que tuvo echó las entrañas, y la Fè Catolica quedò triunfante, y vencedora.

Con esta gloriosa vitoria se bolvió Santiago á su Iglesia para apacentar sus ovejas como santo, y vigilante Pastor; mas aviendo muerto el gran Constantino Emperador, que tenia enfrenado con su potencia, y valor á Sapor, Rey de Persia, y sucediòle en el Imperio Constancio su hijo, pareció al Rey barbaro buena ocasion para hazer guerra al Imperio Romano, y con vn grande, y poderoso Exercito puso cerco á la Ciudad de Nisibe, que era la frontera, y plaça fuerte por naturaleza, y por arte, y mucho mas por estar dentro della su gran Prelado, que la defendia con sus oraciones. Setenta dias duró el cerco, el qual fue muy apretado; y viendo el Rey de Persia que no podia esforçar la Ciudad, mandó detener al Rio Tigris (que es muy caudaloso, y passa por medio della) con varias maquinas, è ingenios que hizo para esto, y despues soltar el Rio de represá, para que con su impetu derribasse, y assolasse los muros de la ciudad, que por otros caminos no avia podido derribar. Cayeron los muros por la fuerza del agua, y los de dentro de la Ciudad se vieron perdidos, y el Rey de Persia muy contento, y orgulloso, pensò que tenia la vitoria en la mano, y que ya era suya la Ciudad: pero porque por la humedad del agua no podia dar le luego el asfalto, aguardó para darle aquella noche; en la qual el santo Obispo se recogió á la Iglesia, y suplicó á nuestro Señor que la defendiessse; y la mañana siguiente, queriendo los Persas dar el asfalto, vieron que la Ciudad estava cercada de vn nuevo muro, mas fuerte, y bien labrado que el que ellos avian derribado con el impetu del agua, y que daron asombrados, y mucho mas el Rey; el qual vió sobre el mismo muro á vn hombre con las infi-

infignias Imperiales, vestido de purpura, y con su corona en la cabeza: y auaque al principio pèsò q era el Emperador Confrancio, que estava dentro de la Ciudad para defenderla, y quiso matar como à engañadores à algunos criados suyos, porque le avian dicho que el Emperador no estava alli, sino en Antioquia; mas despues que supo que era verdad lo que le avian dicho, entendió que Dios peleava por los Christianos, y que él no podia prevalecer contra ellos: y confirmólo mas por lo que despues sucedió. porque el santo Obispo estando sobre los muros, y descubriendo el exercito innumerable del Rey Sapór, alçó los ojos al Cielo, y supliedose fuertemente à Dios, que deshiziesse todo aquel exercito con otro exercito de mosquitos. Al momento vino vna como nube de innumerables, y fastidiosos mosquitos, y entrando por las trompas de los elefantes, y por las narizes de los cavallos les hazian dar brincos, y saltos, y arrojaron los que estaban sobre ellos en el suelo, porque no podian con arte, ni fuerça humana regirlos, y gobernarlos: y assi por la oracion de Santiago todo aquel exercito se deshizo, y el Rey de Persia con afrenta, y rabia se bolvió à su Reyno, aviendo arrojado àzia el Cielo vn dardo contra el Dios de los Christianos, que assi los defendia, y visiblemente peleava por ellos. Por donde se vee quanto mas puede delante del Señor la oracion de los Santos para defendernos, que el poder, y las armas de nuestros enemigos para dañarnos, y que con los mosquitos puede Dios deshazer los exercitos armados, y poderosos, y que no ay quien pueda resistir, ni contristar à su voluntad.

Estando, pues, el Santo Obispo ocupado en sus santos exercicios, cargado de años, y de merecimientos, vino el dia dichoso, y deseado por él, en que Dios nuestro Señor le queria galardonar, y assi le recogió, dándole la corona de Gloria que tambien tenia merecida. Enterraronle con gran llanto, y sentimiento los de Nisibe en su misma Ciudad, juzgando, que como los avia defendido de los persas en vida, assi los defenderia despues de muerto, como lo hizo. Porque todo el tiempo que su sagrado cuerpo estuvo en aquella Ciudad la guardó: pero despues que Juliano Apostata, tomó el Imperio, yendo à hazer

guerra à los persas, y dexando en Nisibe, como en frontera ocho mil soldados en presidio para que la guardassen, la quitó el mayor presidio, y defenfa que tenia, mandando sacar de la Ciudad el cuerpo del Santo Prelado, por la honra que alli se hazia, y odio de nuestra santa Religion: y aviendo sido el mismo Juliano Apostata, vencido de los Persas, y muerto miserablemente en aquella jornada, fue necesario que Ioviano, que le sucedió en el Imperio, diese aquella Ciudad al Rey de Persia, para contentarle, y perderla, por no perder todo el Imperio: y entendieron todos, que no sucediera tan gran calamidad à aquella ciudad, si las Reliquias de Santiago se huvieran guardado en ella. Escribió este Santo Prelado muchas obras, que refiere Genadio en el Catalogo de los illustres Varones: el qual comienza por las de Santiago Presbytero, llamado el Sabio, y despues Obispo de Nisibe: y dice, que fueron veinte, y seis libros los que compuso. Muró este Santo Prelado en tiempo de constantino Emperador: y el Martyrologio Romano haze mencion del à los quinze de Julio, y lo mismo Beda, Vitaro, y Ado, y los demas Autores Latinos que escriben vidas de Santos, y los Griegos en su Menologio el postrer dia de Octubre. Escribió su vida (como diximos) Teodereto, y tracla en su quarto tomo el padre Fray Lorenzo Surio. Escriben del Genadio, Caliodoro, Niceforo, y el Cardenal Baronio en las anoraciones del Martyrologio, y en el tercero, y quarto tomo de sus Anales.

LA FIESTA DEL TRIUNFO DE LA CRUZ.

ENTRE las otras señaladas, y gloriosas victorias, que Dios nuestro Señor ha dado à los Christianos contra los infieles, y enemigos suyos, es muy illustre, y admirable la de las Navas de Tolosa, que alcanzó el Rey de Castilla Don Alonso el VIII. hijo del Rey don Sancho, en compania de los Reyes de Aragon, y de Navarra, con matança, y estrago de vna multitud innumerable de Moros: lo qual, sacado de la historia que escribió Don Rodrigo Ximenez Arçobispo de Toledo, que se halló en la batalla al lado del Rey, y de la carta que el mismo Rey Don Alonso escri-

Teo. in
Teoph. c.
1. & His.
li. 1. c. 7.
& li. 2. c.
30.

Rodri.
Ximenez
Arçobispo
de Toledo,
que se
halló en
la batalla
al lado
del Rey,
y de la
carta que
el mismo
Rey Don
Alonso
escri-

cri-

crió al Papa Inocencio III. deste nombre, en que le dá cuenta de la guerra, y victoria, es desta manera.

Deseado el Rey Don Alonso bolver por la honra, y Gloria de Dios, y reprimir el orgullo, y furor de los Moros, que estaban victoriosos, y librar los Christianos sus Vassallos de los gravissimos daños que de tan perversos, y pertinazes enemigos continuamente padecian con acuerdo de los Prelados, y grandes, y prudentes hombres de su Reyno, confiado en la bondad, y poder de Dios (que nunca delampara à los que de verdad le invocan) determinó de juntar todas las fuerças de sus Reynos, y convocar en su ayuda, y favor à los Reyes sus vezinos, y aliados, y à otros Principes estrangeros, y hazer cruda guerra al enemigo, para esto embió primero à Roma, Francia, y Alemania, al Arçobispo de Toledo Don Rodrigo Ximenez, Varon sapientissimo, y de grande autoridad, para suplicar al Sumo Pontifice, que à la fazon era Inocencio III. que concediesse la Cruzada à todos los que viniessen à aquella guerra para servicio de Dios, y bien de la Christianidad, y les otorgasse las mismas gracias, è indulgencias, que se concedian à los que iban à la conquista de la Tierra Santa. El papa lo concedió todo como se le suplicó, y por la buena diligencia, è industria del Arçobispo Don Rodrigo, se divulgó luego por toda la Christianidad esta empresa, y que el Rey de Marruecos avia blasfemado, y amenazado, que pelearia con quantos adoravan la Cruz, y procuraria extinguir el culto, y veneracion della. Fue tan grande el concurso de las gentes que se juntaron de toda España, y defuera del Reyno en la Ciudad de Toledo, que no bastando lo poblado de la Ciudad, ni los lugares de su comarca, fue necesario que estoviesen entienidas por las vegas, y campos de las riberas de Tajo. Y de Francia, è Italia assi mismo llegaron grandes companias, y muchos Prelados, y Señores principales con devocion de servir à nuestro Señor, en esta Santa guerra. Pusose en orden vno de los mas luzidos exercitos que en España se avian visto. Salió de Toledo à veinte dias del mes de Junio del año de mil y ducientos y doze. Passóse mucho trabajo en el camino, porque los Moros con su Rey Mahomat, re-

Segunda parte.

nian tomados los vados, y passos dificultosos, y sembrado el mismo camino de abrojos de azero, para mancar los cavallos, y bestias de carga: mas con el favor de Dios, y con el buen animo que llevaba la gente, se vencieron todas las dificultades, y se ganaron algunos Pueblos, como Malagon, y Calatrava, de mano de los Barbaros. Pero porque se viesse, que la victoria, que despues alcanzaron, era don de Dios, y que à él se devia la Gloria permitió el Señor, que luego que se ganó calatrava (que fue el postrero dia del mes de Junio) sucediesse en el exercito cierto motin, y que casi todos los cruzados estrangeros se bolviesse à sus casas. Pero aunque ellos eran muchos, no desmayó el Rey Don Alonso, antes proseguió su camino con el Rey de Aragon Don Pedro, y poco despues se le juntó con buena gente el Rey Dō Sancho de Navarra. Llegaron al puerto que llaman del Muradal, adonde estava el Rey Mahomat con su exercito muy grande, y poderoso, con intencion de solo estorvarles el passo, porque aun no sabia que los estrangeros avian desamparado al Rey Don Alonso. Mas despues que supo de sus espías, lo que avia pasado, determinó esperar al Rey en campo raso, y darle la batalla, y assi se retiró vn poco à los llanos àzia Baeza, dexando en las Navas de Tolosa (que es vn passo muy estrecho) parte de su gente para hazer daño en los Christianos. El camino era muy trabajoso, y aspero, y con dificultad se podian tener en pie los cavallos, y el exercito de los enemigos (q era innumerable) estava yà à la vista, y aviendo diversos, y contrarios pareceres acerca de passar adelante (porque parecia imposible) bolver atras (q era muy peligroso) el Rey Dō Alonso animó à los demas para que passassen adelante, y confiasse de la providencia, y misericordia del Señor. El qual en tiempo oportuno les embió vn Pastor muy platico de toda aquella tierra (que algunos tuvieron por Angel venido del Cielo) este los guió por la ladera del monte, de tal manera, que llegaron al lugar que deseavan, viendolos los enemigos, sin poder estorvarles el passo. El Rey Mahomat presentó luego la batalla à los Christianos, mas el Rey Don Alonso viendo que su gente venia cansada, y fatigada del camino, no la aceptó por

Hhh en-

entonces, porque su exercito descansasse, y el tuviere tiempo de ver la disposicion, y orden de los esquadrones del enemigo. Y pensando el Rey Moro, que el no quer pelear, nacia de temor de los nuestrs, y no de aviso, y prudencia militar, se desvaneciò, y escrivio à los suyos que estavan en Iden, y en Baeza, que tenia cercados à tres Reyes, y que dentro de tres dias los tomara: y lleno de hanchazon, y orgullo, el dia siguiente se puso en batalla, y desplegó sus esquadrones, provocando à los Reyes, que con singular constancia se estuvieron en sus Reales, sin querer pelear hasta su tiempo. Porque nunca el buen capitan ha de pelear quando, quiere el enemigo, sino quando juzga que le està bien à el. Mas llegada la noche del Domingo, todos los christianos se aparejaron para la batalla con la confesion, y comunion, y con las Missas que se dixeran, y con el Jubileo plenissimo, que en nombre de su Santidad les publicaron los Prelados que alli estavan, y aviendo ordenado el exercito en sus esquadrones, levantando las manos, y los ojos al Cielo, y los coraçones encendidos cò el deseo del Martyrio, alegres, y esforçados salieron con gran denuedò en campo invocando al Santissimo Nombre del Señor, y suplicandole que les diese victoria de aquellos barbaros, y fieros enemigos, que pretendian oprimir su Religion, y extinguir la Gloria de su Cruz. Los Moros eran innumerables, y el Rey Mahomat con gran pompa, y magestad venia vestido sobre sus armas de vna capa negra, que avia sido de Abdumumi, el que avia dado principio à los Almohades, y llevaba delante de si vna espada, y el Alcoran de Mahoma. Vinieron à las manos los dos exercitos: y aunque al principio, por su gran multitud, parecia que llevavan lo mejor los Moros, el Rey Don Alonso con gran valor, y esfuerço dixo al Arçobispo Don Rodrigo. Ea, Arçobispo, muramos, aqui yo, y vos, y el Arçobispo le respondiò: No, señor, no morirémos, sino alcançaremos victoria de los enemigos: mas luego se conociò la ventaja de los Christianos, y el favor del Cielo, porque la Cruz que vn Canonigo de Toledo, llamado Domingo Pasqual, llevaba delante del Arçobispo, pasó por todos los esquadrones de los enemigos, sin daño del

que la llevaba, con tiralle de todas partes infinitas factas. Y llegando el estandarte Real, que llevaba vna Imagen de nuestra Señora, à vn esquadron fortissimo, y de gran muchedumbre de gente, que hazia mayor resistencia à los nuestrs; luego bolviò las espaldas, y se desbaratò, y des hizo como humo. Finalmente el campo quedò por los Christianos; los quales alcançaron vna victoria tan esclarecida, y Gloriosa, que bien se viò que era victoria del Cielo, y no de la tierra, y dada mas por mano del Señor de los exercitos, que avido por valor, è industria humana. Porque el Rey Mahomat, con algunos pocos de Moros, en bestias muy ligeras, apenas pudo escapar, y con muerte de solos veinte y cinco christianos, quedaron alli muertos duzientos mil barbaros. Y los dias que los Christianos alli estuvieron, gozando de los despojos, quemando las lanças, ballestas, dardos, y otros instrumentos de guerra que hallaron en el campo de los Moros, para guisar de comer, nunca los pudieron acabar de quemar, y consumir. Con esta victoria tã insignie se debilitaron, y desmayaron los Moros, y los Christianos cobraron mayor animo, y confianza en Dios, reconociendo la victoria por singular don, y gracia suya. Y para que el Señor se la diese, demàs de su infinita bondad, hubo algunas causas de parte de los Reyes, y Christianos que hizieron la guerra. Porque primeramente la emprendieron, no tanto por sus intereses, ni por la amplificacion de sus Reynos, quanto por la hora, y Gloria de Dios, y exaltracion de su Fè, que es el blanco en que principalmente deven tener puesta la mira los Reyes en las guerras, q hazen contra los Infieles, y Hereges, y otros enemigos del Señor. Lo segundo, acudierò à la cabeça de la Iglesia, q es el sumo Pontifice, por indulgencias, y oraciones, y el Santo Pontifice Inocencio las mandò hazer por toda la Christiandad; y en Roma ayunar à pan, y agua, y hizo vna solemnissima procession; en la qual èl mismo fue los pies descalços, suplicando à N. Señor, que se apiadasse de su rebaño, y diese la victoria à los Christianos. Lo tercero, hubo entre los Reyes de Castilla, Aragon, y Navarra, mucha conformidad, y vnion, que es la que hazen fuertes à los pocos; y falta de ella, à los muchos flacos. Demas desto

armòse todo el exercito con las armas Divinas de los santos Sacramentos, (como diximos) y tambien con las humanas. Porque el Rey Don Alonso, antes de salir en campo, mandò pregonar por todo su Reyno, que todos sus soldados, dexando las galas, y vestidos ricos se armassen de armas provechosas para la guerra: y que los que desagravan à Dios con la vanidad, y lozania de sus ropas bordadas, y superfluas, procurassen agradarle con el vestido honesto, y con las armas necesarias para pelear: y como dize el Arçobispo D. Rodrigo todos obedecieron al Rey desde el mayor hasta el menor. Tambien hubo otra cosa que ayudò mucho para la victoria, y fue, que despues que los enemigos se comenzaron à desbaratar, y echaron à huir, los soldados Christianos siguieron su alcance sin ocuparse en los despojos, hasta aver alcançado enteramente la victoria, como el dia antes el Arçobispo de Toledo Don Rodrigo lo avia mandado à todos debaxo de graves censuras, y excomunion, en caso que Dios les diese la victoria. Y la gente Noble, y principal sin tener cuenta con èl interes, y hazienda, si no solamente con servir à Dios, y à su Rey, y defender à su patria, pelearon con grande animo, y valor hasta la noche, como convenia à su Nobleza, y sangre generosa. Esta fue aquella famosa batalla, que los antiguos llamaron la de Vbeda, y de las Naves de Tolosa; por la qual pareciò entònces el nombre, y poder de los Almohades, que eran los mas poderosos, y valientes, soldados de toda la Morisma, y q avian puesto à España en peligro de tornar otra vez debaxo de su señorio. Huvo en toda la Christianidad grande alegria, y regozijo por esta tan señalada victoria, que fue vn Lunes à diez, y seis del mes de Julio, del año del Señor de mil y ducientos y doze: y para memoria de tan señalado, y soberano beneficio, se instituyò el mismo dia la fiesta del Triunfo de la Cruz, que se celebra en toda España, por mandado del Papa Gregorio XIII. como se vee en vn Breve, despachado el primero año de su Pontificado, en treinta dias de Diciembre, del año de 1673. Y llamase el Triunfo de la Cruz con mucha razon; porque por virtud de la Santa Cruz vencieron los Christianos al Rey Mahomat, y al servicio, que confiado

en sus huestes, y poder, pretendia de arrargar del mundo el culto, y veneraciò de la S. Cruz; y supeditar à los Christianos: Y tambien por aver la Cruz que iba delante del Arçobispo de Toledo, rompiendo por medio de los esquadrones de los enemigos, sin que el que la llevaba recibiese daño, cayendo los barbaros de vna parte, y de otra, por do quiera, que la Cruz passava. La Coronica General de España dize, que al tiempo que se diò la batalla, se viò en el Cielo vna Cruz colorada, y que su vista diò animo à los Christianos, y le quitò à los Moros, por donde fueron vencidos; y de aqui tomò nombre de Triunfo de la cruz. Y aun algunos añaden, que vn hidalgo del Reyno de Leon, llamado Reynoso, la mostrò al Rey, por ello le diò su vandera, y hizo su Alferes; y assi mismo le diò por armas la cruz colorada en campo blanco, de que vsan los Reynos. Mas el Arçobispo Don Rodrigo no haze mencion desta cruz que dizen, que apareciò en el ayre, ni el Rey Don Alonso en la carta que escrivio al Papa, y no parece que dexaran de referir cosa tan notable. Supliquemos al Señor, que conserve sus dones en nosotros, y que por virtud de su Cruz nos de victoria de nuestros vicios, y de todos nuestros enemigos visibiles, è invisibles, porque por ellos mereçamos la corona que èl nos comprò con su sangre, y gozemos de la bienaventurança, para la qual nos criò. Amen.

LA VIDA DE SAN ALEXO,
Confessor.

SIENDO Sumo Pontifice Inocencio, Primer de este nombre, y Emperador Honorio, hijo del gran Teodosio, huvo en Roma vn gran cavallero, rico, y poderoso, que se llamava Eufemiano, el qual estava casado con otra señora, llamada Agles, que era estéril, y por esto vivian con gran desconsuelo, y con gran deseo de tener vn hijo, que heredasse su casa, y hazienda, que era mucha. Pedianle à nuestro Señor con oraciones, y plegarias, y con las buenas obras, y limosnas, que continuamente hazia: porque su casa era vn perpetuo refugio de los huerfanos, y viudas, y de los pobres, y vn melon de Petem

A 17. T
IVLIO

DE
IQ.

hijo, y hijo de oraciones, y lagrimas, á quie
pufieron por nombre Alexo. Criaronle en
temor de Dios, y en loables costumbres,
y buenas letras, y siendo aun niño, dió
grandes muestras de aver sido escogido sin-
gularmente de Dios, para glorificar su San-
to nombre, y edificar la Iglesia Católica
con el exemplo de su rara, y admirable vi-
da. Siendo ya de edad para casarse, sus pa-
dres le buscaron vna donzella de escelenci-
do linage, rica, y hermosa, y digna de tal
esposo. Dixeronte que se casasse, y Alexo
dissimulando, obedeció á sus padres, se des-
posó con ella; con gran regozijo, y fiesta,
y concurso de todo lo principal de Roma.
La noche siguiente al día del desposorio,
habló Dios interiormente á Alexo, y dí-
xole allí en el corazón lo que quería que
hiziesse en su servicio, y que no tocasse á
la esposa, sino que la dexasse, y como otro
Abraham, saliesse de su Patria, y de entre sus
padres, y deudos, y le siguiesse á la tierra
allí que él le mostraria. Obedeció Alexo á
Dios, y armado de su favor, y del amor de
la castidad, entró en el aposento donde es-
tava su esposa, y dióle vn anillo de oro, y
vna cinta muy rica, embuelta en vn velo
colorado de seda, y dixole que guardasse
aquellas joyas. En prendas de su amor, hasta
que Dios ordenasse otra cosa. De aquel
aposento entró en otro donde tenia su re-
camara, y tomando algunas joyas, y dineros
mudó el traje, y salió de casa de sus pa-
dres. Fuese al Puerto de Roma, y por vo-
luntad de Dios, halló en él vn Navio apres-
tado, en el qual pasó á la Ciudad de Lao-
dicea, y de allí por tierra á la Ciudad de
Edeffa, en la Provincia de Mesopotamia,
a donde estava la imagen del rostro de
Christo nuestro Redentor, que el mismo
Señor embió por vno de sus discipulos al
Rey Abagaro. Llegado Alexo á Edeffa,
vendió las joyas, y todas las cosas de pre-
cio que llevaba, y repartiólo á los pobres,
y él mismo se vistió de pobre, y comenzó
te avia menester para vivir, si cosa alguna le
sobrava, la dava para sustento de los
pobres. Lo mas del tiempo vivía de vn
portal de vna Iglesia, donde avia vna
imagen devotissima de nuestra Señora
Virgen Maria, con la qual tenia vna
devocion, y comunicacion. En vn día
Alexo estubo todo aquel día en la

aguardandole, muy suspensa, y maravilla-
da, que no bolviesse á ella. Los padres á
la mañana, quando quisieron vér á su hijo,
no le hallaron en su casa, y sabiendo lo
que passava, quedaron atonitos, y como
fuera de sí, la madre en vn perpetuo llan-
to, la esposa deshaziendose en lagrimas, y
el padre embiando por todas partes cria-
dos, que le descubriesen á su hijo, y le fue-
sen á los alcances. Por el rastro, y señas,
que alguno delles tuvieron, llegaron á
Edeffa, donde Alexo estava; pero con la
penitencia, ayunos, y habito de pobre
mendigo, le hallaron tan trocado en el ros-
tro, y en la habla, que le dieron limosna,
y no le conocieron, aunque fueron cono-
cidos del, y tuvo por gran merced, y rega-
lo de Dios, que le huviesse puesto en esta-
do, y hecho tan pobre, que recibiesse li-
mosna de sus criados. Diez y siete años es-
tuvo Alexo, y despues que salió de la casa
de sus padres, en esta pobreza, abatimien-
to, y menosprecio del mundo, sin ser cono-
cido de los hombres; pero muy favoreci-
do, y regalado de Dios. No dexavan los
rayos de su virtud de resplandecer, y mo-
ver á los que le miravan con admiracion
de su santidad, y á poner los ojos en él. A-
crecentóse la buena opinion que del tenian
con vna revelacion que tuvo el Sacrifista
de aquella Iglesia, en cuyo Portal vivia A-
lexo. Hablóle la Imagen de nuestra Señora
que allí estava, y declaróle quan grato
era á Dios aquel su siervo, que morava en
aquel Portal, y quanto podian sus oracion-
es en el Divino acaramiento. Divulgóse
esto entre la gente, y miravanle ya como
á Santo, y él por huir de la honra que le
hazian, acordó de partirse de Edeffa, y irse
en Romeria á Tarso de Cilicia, á visitar vn
Templo famoso, que allí estava, del Apó-
stol San Pablo. Para esto se embarcó, y por
voluntad de Dios tuvo vna tempestad en
la mar, y de vna en otra llegó á Italia, y se
halló en Puerto de Ollia, y con particu-
lar inspiracion, è impulso de Dios que le
guiava, determinó entrar en Roma, y para
no ser pelado á nadie, y que padecer mas,
y triunfar más gloriosamente de sí, y del
mundo, irse á la casa de sus mismos padres,
donde entendía, que al cabo de tantos
años, por estár tan desfigurado, y trocado,
no seria conocido. Desfues de aver visita-
do en Roma algunas Iglesias, se fue á la

gares, y armandose con el favor del cielo,
contra las tentaciones que se avian de ofre-
cer, yendo á casa de su padre Eufemiano,
le topó en la calle, con grande acompaña-
miento de criados, conforme á su estado,
y se le puso delante, y le dixo: *Por amor de
Dios te pido, Señor, que me mandes recoger
en vn rincón de tu casa, y sustentarme con las
migajas que caen de tu mesa, que yo no te se-
ré cargo, ni á tu familia importuno. Usa
conmigo de la caridad, y limosna, que usas
con todas las personas necesitadas, y misera-
bles, así Dios mire por todas tus cosas, do quie-
ra que estuviere, y les de remedio, y quien
bien les haga.* Enterneciósse con estas pala-
bras Eufemiano, acordandose de su hijo
Alexo, que le tenia delante, y no le co-
nocia: mandóle recibir en su casa, y á vn
criado suyo, que tuviesse cargo del. Este le
apostentó en vna camarilla estrecha, y es-
cura, en el Portal de la casa, donde estubo
el Santo otros diez y siete años disfrac-
ado, y encubierto, padeciendo de los cria-
dos, y de la otra gente que entrava, y sa-
lia, grandes molestias, y baldones. Porque
como él era tan recogido, y estava en tra-
je de hombre pobre, y abatido, y en las
Cortes los pages, y gente moça, fuele ser
tan poco cortés, y comedida, tomavan la
santidad de Alexo por materia de rifa, y en-
tretenimiento, y como si fuera vn simple,
è insensato, le davan bofetadas, mesavanle,
pelavanle las barbas, echavan sobre él, co-
sas inmundas, y hazianle befas, y agravios,
y el santo lo llevaba todo con gran pacien-
cia, y alegría, por verse tratado en casa
de sus padres de aquella manera por Dios.
Pero no era esta la mayor tentacion, ni la
mas dura pelea que tuvo Alexo, sino otra,
que ningun pecho pudiera vencer, sino el
que fuesse tan fuerte como el suyo, y tan
armado de gracia de Dios. Porque su ma-
dre desde el día que se partió de su casa,
nunca dexava de suspirar por él, y su espo-
sa, viendose antes viuda que ca'da, de día,
y de noche dava gritos al cielo, y derrama-
va Rios de lagrimas en aquella misma casa,
en la qual él la dexó, y della nunca se avia
querido partir. La madre dezía: O hijo de
mis entrañas! O Alexo mio, donde estás?
¿Para que te desé yo? O para que te pedi
Dios? O para que él te me concedió?
¿Para que fué el disgusto de mi vida?

no para que me dexasses sola, triste, lloro-
sa, viviendo muerta con tu ausencia, y con
vn prolixo martyrio de tantos años, dan-
do cada día el alma á Dios. Vna vez te pa-
ri, y los mismos dolores de parto que en-
tonces tuve, me fueron causa de gozo, y
alegria, por vér heredero en mi casa, y ora
otros nuevos, y mas desapiadados dolores
me atormentan, por aver perdido el gozo
de mi corazón, y salido en vano mis espe-
ranças. A estas voces tan lastimosas res-
pondian otras de la esposa no menos tier-
nas, y llorosas, que dezía: O esposo mio dul-
cissimo, como me dexaste? Sino querias
hazer vida conmigo, para que me tomavas
por muger? Tomáteme para dexarme? En
que te ofendí? Qué disgusto te di? Qué vis-
te en mi, que te desagradasse, y que te hi-
ziesse huir de mi, como si fuera tu enemi-
ga? Para todos eres gracioso, y amoroso,
y para mi sola duro, y cruel? Adonde es-
tás? Como no vienes? Como no me das
nuevas de ti? Eres vivo, ó eres muerto?
Estás en Italia, ó fuera della? Ay, que no
siento tanto mi dolor, como el no saber
donde estás, ó como estás, porque mas te
quiere á ti que no á mi, y mas deseo tu vi-
da que lá mia, pues que para mi estando fin
ti, ya el mundo se acabó. Piensas que por
aver tanto que no te veo estoy olvidada
de ti, ó que se ha mitigado mi dolor? No
es así; porque, ni mi dolor se puede amar-
gar con el discurso del tiempo, ni el amor,
con que yo vna vez te entregué mi cora-
çon, disminuirse con tu ausencia. Estas
vozes, acompañadas de gemidos, y lagri-
mas, llegavan á los oidos de Alexo, y com-
batian su corazón, que por ser de carne,
no podia dexar de sentir la pena de su ma-
dre, y esposa, á quien él tanto amava. Y
doblavanse sus penas, con verlas algunas
vezes passar, entrando, ó saliendo por la
puerta de la casa, y con oír referir á los
criados el continuo llanto en que estavan,
y la tristeza de su corazón, y que la causa
de ella era la ausencia de Alexo, y no sa-
ber donde estava. Pero (ó virtud de Dios!
O gracia del cielo, que así esfuerças al
corazón flaco, y le hazes triunfar con tan
ilustre vitoria de tan crueles, y fieros enemi-
gos!) en grande peligro estuviere A-
lexo de ser vengido, si el Señor no estu-
viera á que sinforon! *La qual tuvo siete hijos*
varos

mi-
ben-
ca-
na-
la-
e-
y
ne
la
ra
e

ro,
cri-
n du-
emi-
gigos
nun-
ero,

o
r
a
e-
su
del
do.
en
el
r-

18. DE
LIO.

no
llamada
esta
huy
este
ra á

varos

han de huir las ocasiones; especialmente las que son tan peligrosas, y en que los mas fuertes suelen caer: mas quando Dios nuestro Señor es el que guia, y mueve al hombre; y le pone en ellas, en medio de las llamas no se quema: como los tres moços en el horno de Babilonia; y como Daniel en el lago de los Leoness; y como Ionás en el vientre de la ballena, está seguro. Huyó Alexo de Edeffa, por no ser honrado, temiendo por su flaqueza el ayre popular; entró en casa de sus padres, donde avia de tener otros asaltos mas terribles, y peligrosos; porque el Señor se lo mandava, y con él no tenia que temer, sino darnos exemplo de lo que puede vn corazón de carne con su gracia, y así lo mostró Alexo en aquellas tentaciones, las quales se deshazian en su pecho, como las bravas ondas del mar furioso en vna fuerte roca. Pedia favor á Dios, por cuya virtud era tan fuerte. confesavase, y comulgava cada ocho dias. Su vida era tan perpetua oracion, ayuno, y penitencia, fu vestido pobre, y roto, su cama el suelo, y con estos exercicios, y asperezas, el cuerpo de Alexo estava debilitado, y flaco, y el espíritu robusto, y vigoroso. Al cabo de los diez y siete años de tal vida, y de tantos merecimientos, queriendo el Señor que se los avia dado, darle el premio dellos, y coronar en él sus mismos dones, le reveló el dia de su muerte, y él escrivió en vn papel su nombre, y el de sus padres, y de su esposa, y las cosas particulares que avian pasado entre ellos, y el discurso de su vida; y doblado el papel, le apretó en la mano, esperando aquella dichosa hora en que Dios le avia de llamar para sí. Estava á la sazón el Papa diciendo Missa, en presencia del Emperador, y oyóse vna voz del cielo, que dixo: Venid todos los que trabajais, y estais afligidos, que yo os recrearé. Quedaró todos los q̄ la oyóron atonitos, y derribados en el suelo sobre sus rostros, davan voces, diciendo: Tén Señor misericordia de nosotros. Oyóse luego otra voz de la parte del Altar, que dixo: *Buscad al siervo de Dios, y rogara por Roma, y sus cosas succedran prosperamente, y mirad que ha de salir deste mundo el Viernes siguiente.* Aviendo

Matt. 11. *Virgen Mar*

esto divulgado por la Ciudad, toda Roma concurre á aquel tiempo de devocion, y comunicacion. San Alexo estuvo toda la noche

fuesse aquel siervo de Dios, y estando allí presente el Papa, y Emperador, y Eufemiano, padre de Alexo, oyóse otra voz, que dixo, que buscasen al siervo de Dios en casa de Eufemiano, al qual bolviendose el Emperador, le dixo: Tan gran tesoro tenias en tu casa, y encubriasle? Vamos, dixo, á verle. Fue delante Eufemiano á su casa, para adereçarla, y recibir con mas aparato al Emperador, y llegandose á él aquel criado, á quien él avia mandado que tuviesse cargo de Alexo, dixóle: Sin duda, Señor, que este siervo de Dios que publica el cielo, es aquel pobre, de quien me mandaste que tuviesse cargo; porque es hombre: que cada ocho dias comulga rezando mucho; ayuna, y ha sufrido con paciencia, humildad, y alegría muchas, y graves persecuciones de los criados de casa, con esta relación entró Eufemiano en aquel aposento escuro, y lobrego, en que el Santo estava tendido en el suelo, cubierto el rostro con su pobre capa, y descubriendole, salió del vn gran resplandor, y pareció hermoso como vn Angel. Vió que estava difunto; quiso tomarle la carta que tenia en la mano, mas él la tenia tan apretada, que no pudo; y bolviendo al Emperador, le dió nuevas de lo que avia hallado. Pusose el cuerpo en vna sala grande, sobre vna cama bien adereçada. Entraron el Sumo Pontifice, y el Emperador, en aquel aposento, y puestos de rodillas junto al Santo, con grande humildad le pidieron la carta que tenia en la mano, y él sin resistencia se la dió, y ellos mandaron á Ecio Cancelario, que la leyese, estando todos atentos. Quando llegó el Cancelario á los nombres de sus padres, y al de su esposa, y como le avia dado el anillo, y cinta, quando se partió della, Eufemiano su padre dió vn grito hasta el cielo, y arrancando sus venerables canas de la cabeça; con gran impetu se echó sobre el cuerpo de su hijo, y dixo: Ay de mí! Hijo de mi alma, y todo mi bien, porque lo has hecho así conmigo, y con tu desconsolada madre: En mi casa has estado tantos años, y no te he conocido, y aora que te conozco, es para mi mayor tormento. Vistenos llorar, y sienta tu causa de nuestro dolor, y pudiendo oírnosle, con declarar quien eras nos hiziste. La madre oyó lo que pasó, y

bramidos como vna Leona, salió de su aposento, rasgando sus vestiduras, y hinchando el Cielo de gemidos tristes, y dolorosos, rompía por la gente, diciendo: Dexadme ver al que pari para mi dolor, que oy es muerta mi esperanza, con la qual sola me sustentava, pensando ver al que aora veo, tanta pena mia, y desconsuelo. Vino tambien su esposa, vestida de luto, y tristeza, y derribandose sobre el Santo cuerpo de su esposo, dixo tales palabras, y con tan extraño sentimiento, que ablandara los corazones de piedra. Toda mi vida, decia, he pasado en llanto, y como Tortola, que ha perdido su compañía, en soledad, y gemidos: yá yá soy viuda, yá no tengo que aguardar, ni á quien desear: con tu vida se acabó la mia, y contigo llevas mi corazón. Pusieronse el Papa, y el Emperador de por medio, para que los padres, y la esposa de Alexo dexassen el Santo cuerpo que tenían abraçado, y hiziesen alguna pautá en su llanto. Quisieron llevarle á la Iglesia; mas era tanta la gente, que no le pudieron mover de donde estava. Mandó el Emperador derramar alguna cantidad luego de moneda de oro, y plata, para que ocupado el Pueblo en cogerlas, diese lugar á que se llevase el cuerpo Santo; pero no hubo quien hiziesse caso de oro, ni de plata. Todos estavan atentos, mirando aquel cuerpo tan penitente, que avia sido morada del Espíritu Santo, y compañero de vna alma tan pura, tan fuerte, y tan gloriosa, y todos los que le miravan, recibian grandes mercedes de nuestro Señor, los sordos oían, los mudos hablaban, y los leprosos quedavan limpios, y los endemoniados libres. Finalmente llevaronle al Templo de San Pedro, donde estuvo siete dias, sin que sus padres, y su esposa, de dia, y de noche se pudiesen apartar del. Despues fue sepultado en la Iglesia de San Bonifacio, donde por su intercession, y meritos hizo muchos, y grandes milagros nuestro Señor; el qual (como dize el Real Profeta) es admirable en sus Santos. Porque aunque lo sea en todas sus cosas, en ninguna se descubre mas el tesoro de su infinito poder, sabiduria, y bondad, que en lo que haze con sus Santos, haciendo los Santos, y enriqueciendolos, y adornandolos de tantas, y tan raras victorias, y heroicas virtudes, y obrado por ellos las maravillas que

obra, para gloria suya, y honra de los mismos Santos, y utilidad de los que se saben aprovechar de sus exemplos. Y puesto caso que ay innumerables Santos, en los quales, y en cada vno dellos se manifiestan estas riquezas de Dios, pero en mis ojos la vida de San Alexo es admirable, y el Señor particularmente debe ser admirado, y reverenciado en ella, por la castidad tan entera, y pura, que infundió en el alma de Alexo, para no llegar á su esposa; por la obediencia tan perfecta que le dió, para menospreciar los contentos, y regalos que tenia en su casa, y dexar á sus padres, deudos, y amigos, y irse en romeria á tierras extrañas, por la pobreza de espíritu, con que repartió á los pobres todo lo que tenia, y rico de dones celestiales, vivió meditando tantos años. Y finalmente, por aquella fortaleza, sufrimiento, y constancia, con que le armó, para que desconocido, abatido, y perseguido de los mismos criados de su casa, resistiese á tantos, y tan duros, y tan continuos asaltos de sus enemigos, que con voz, y semblante de amigos le acometian, y triunfasse de sí, y del mundo, con vn genero de victoria tan nuevo, y tan glorioso. El mismo Señor sea bendito, y glorificado para siempre, por lo que haze con sus Santos, y por ellos: y á nosotros nos dé gracia para imitar las virtudes de Alexo, y ser particioneros por su intercession de su gloria, Amen. La muerte de San Alexo fue á los diez y siete de Julio, en que la Iglesia celebra su fiesta. Escribió su vida Metafraste, del qual se fació lo que aqui queda referido. Traela el Padre Fray Laurencio Surio en su quarto Tomo. Haze mencion del el Martyrologio Romano, y los demás Martyrologios, Latinos, y Griegos.

LA VIDA DE SANTA SINFOROSA, y de sus siete hijos, Martyres.

EL bienaventurado San Getulio Zoti- A 18. DE Eco fue martyrizado en Roma, en tiempo IVLIO. del Emperador Adriano, en compañía de Cerario, Amancio, y Primitivo. Avia sido casado con vna Santa Matrona, llamada Sinforosa, de la qual tuvo siete hijos

varones, cuyos nombres son Crecente Juliano, Nemesio, Primitivo, Iustino, Eustacio, y Eugenio: los cuales, con su Santa madre, se retiraron à la Ciudad de Tribuli, donde oy dia ay vna cisterna seca, en la qual se dize que estuvieron escondidos en tiempo de aquella persecucion. Mas en fin Santa sinforosa fue presa con sus hijos: y como no pudiesse el Emperador con blanduras, promesas, y amenazas, persuadir à la Santa madre, que sacrificasse à los idolos, mandòla dar muchas heridas en su rostro, y colgarla de los cabellos, y tenerla suspensa en el aire. De alli la buena madre amonestava à sus hijos, que siendo ellos varones, no se dexasse vencer della, que era muger flaca en padecer tormentos con alegria por Iesu Christo: que se acordassen de su padre, è imitasen su esfuerço, y valor, y que mirasse que ella era su madre, y moria alli delante de sus ojos: y que tuviesen por cierto, que los tormentos no eran tan atrozes como parecian, y que el galardón que por ellos se dava, era mayor que entendimiento humano podia comprehender. Con estas, y otras razones animò la Santa Madre à sus Santos hijos: y el tirano tomò tanto enojo, que la mandò dar muchos golpes, alli colgada de los cabellos como estava: y finalmente, atada à su cuello vna grande piedra, echarla en vn Rio, donde diò su espíritu à Dios. Su cuerpo sepultò Eugenio hermano suyo, que en Tribuli era hombre principal. A los siete hijos mandò el Emperador otro dia atar à siete palos, y matar con diferentes muertes. Crecente murió atravesado por la garganta con vna lança: Juliano por el pecho: Nemesio por el coraçon: Primitivo por el vientre: Iustino fue desmembrado, y hecho quartos: Eustacio herido por todo el cuerpo, y despedaçado: y Eugenio partido por el pecho en dos partes. Sus Santos cuerpos fueron echados en vna sima. Ay en la via Tiburtina oy dia vna Noble, y antigua memoria de Sãta Sinforosa, cuyas reliquias, y de sus Santos hijos fueron con el tiempo trasladadas à Roma, y en nuestros dias siendo Sumo Pontifice Pio Quarto, se hallaron en la Diaconia de Santangel de la Pesqueria, con vna lamina de plomo, con estas palabras escritas en Latin: *Hic requiescunt corpora sanctorum Martyrum Simphorosa, viri sui Zotici, & filiorum*

eiuz, à Santo Stephano Papa translata. Aqui reposan los cuerpos de los Sãtos Martyres Sinforosa, y de Zotico su marido, y de sus hijos: Los cuales tralladó Estevan Papa. Celebra la Iglesia su fiesta à diez, y ocho de Julio, y fue su Martyrio el año del Señor de ciento y treinta y ocho, y el dezinueve del Imperio de Adriano.

LA VIDA DE SANTA MACRINA, Virgen.

LA Vida de Santa Macrina Virgen, A 19. DE Iulio, hermana de San Basilio el Magno, escribió el eloquentissimo Sã Gregorio Niseno, tambien hermano suyo, que se hallò à su muerte, en vna Epistola à Olimpio, que trae el Padre Fray Lorenzo Surio en el quarto tomo de las vidas de los Santos, y resumida brevemente, fue desta manera: Los padres de Santa Macrina fueron Basilio, y Emelia, personas nobles, y ricas. Tuuieron diez hijos, y casi todos Santos, y algunos dellos columnas, y lumbreras de la Iglesia, como lo diximos en la vida del gran Basilio. La primera que nació, y fue primogenita de todos sus hermanos, fue Macrina, y antes que naciesse, en vna vision que tuvo su Madre, se le puso delante vn Angel en figura de vna persona Venerable, y de aspecto mas que humano, que poniendo nombre à la niña, que estava en el vientre de su Madre, y para salir à luz la llamó Tecla, para darnos à entender que en la perfeccion, y Santidad de la vida Macrina avia de ser muy semejante à Santa Tecla, discipula, y primogenita del Apóstol san Pablo. Pusieronle en el Bautismo el Nombre de Macrina, por memoria de vna abuela suya, Madre de su Padre, santissima Muger, discipula del gran Obispo de Cesarea Gregorio Taumaturgo, y Maestra, y guia del gran Basilio, y èl se precia mucho de averla tenido por tal: de la qual haze mencion el Martyrologio Romano à los catorce de Enero, y esta se llama Macrina la mayor, respecto desta otra menor, nuera suya, cuya vida aqui escriuimos.

Criaonla sus Padres, como Santos santamente, procurando apartarla desde los primeros años de todo lo que podia amancillar su purissima alma, è inclinarla à las cosas sagradas, y al amor de las eternas, y espe-

especialmente al estudio del libro de la fábida de Salomon, y de los Psalms en los cuales se exercitò con tanto cuydado, que quando se acostava, y levantava, quando iba al estudio, y dexava de estudiar en el principio, y en el fin de la comida, y de su oracion, y de qualquiera otra cosa, siempre rezava algun Psalmo; y en las mismas obras de manos que hazia, este era su gozo, y entretenimiento. En la edad de doze años resplandeciò en Macrina vna hermosura tan estremada, y rara, que ningun Pintor, por excelente que fuesse, podia con el pinzel llegar à retrarla con la perfeccion que ella tenia. Pidieronla muchos Cavalleros à su padre por muger, y su padre sin dezir nada à su hija escogió à vn moço, Noble, y de buenas costumbres, y prometió de darle à su hija; mas fue nuestro Señor servido que aquel moço mutiesse, y Macrina quedasse libre: y aviendo sabido la voluntad que su padre avia tenido de casarla, y como Dios la avia librado de aquel pesado yugo, determinò de no casarse mas, sino conflagrar su virginidad à aquel Esposo celestial, que no puede morir. Y como por su hermosura muchos importunassen à sus padres que se la diesse por muger, y ellos se inclinassen à casarla, nunca se lo pudieron persuadir, mostrando en esto mayor constancia, y firmeza, que sus pocos años prometian. Estuvo con su madre acompañandola, sirviendola; y descargandola del cuydado de las cosas domesticas de la casa, y familia, con tanta piedad, amor, y diligencia, que bien parecia q̄ nuestro Señor estava en ella, y la governava. Ella era como madre de todos sus hermanos, la que los criava, enseñava, y endereçava à toda virtud, y perfeccion; y siendo yã muerto su padre, persuadiò à su madre que se entrassen en vn Monasterio, y se diesse de veras à Dios, y su madre lo hizo, y vivieron en èl las dos en vna manera de vida, que mas parecia de Angeles que de personas humanas. No avia entre ellas ira ni embidia, ni odio, ni sospechas, ni codicia de honra, ni gloria vana, ni de cosa alguna de la tierra. La soberbia, fastio, hinchazon en suma todos los vicios estavan desterrados de aquel lugar. Todo su regalo era la templança, su honra, è no ser conocidas; sus celosos, la pobreza, y el aver sacudido de sí, como polvo, las riquezas, y no posscer

nada, teniendo por inutil, y desaprovechado qualquiera cuydado q̄ se toma en procurar, y alargar esta vida mortal. Todo su estudio era Dios, y vna continua oracion, y canto de los Psalms, que nunca se interrumpia de dia, ni de noche. Este era su trabajo, y este era su descanso; eran mugeres, y parecian Angeles; porque aunque eran de carne, y tenían figura de mugeres, y usavan de sus sentidos, pero en la vitoria de sus passiones, en la pureza de sus almas, en el amor encendido de Dios, y en vivir en la carne sin deleyte de carne, imitavan à los Angeles, y eran superiores à los hombres.

En esta vida estuvieron madre, y hija con gran gloria del Señor, y aprovechamiento de sus almas, y edificacion de todos los que las traravan. Diò à Santa Macrina vna enfermedad en el pecho rigurosa, con grande hinchazon, dureza, y dolor, y con peligro de que cundiesse el mal, y la acabasse, è se hiziesse incurable, si con tiempo no se abria el pecho. Rogòle muchas vezes su madre que le pusiesse en manos de Cirujanos, y se dexasse curar; pero ella era tan honesta, y tan recatada, que tenia por mas grave el descubrir parte alguna de su cuerpo à hombre, que la misma enfermedad. Y vna noche se entrò en su Oratorio, y postrada delante del acatamiento del Señor, le suplicò humildemente que la sanasse. Llorò muchas lagrimas, y dixo à su madre (q̄ toda via le importunava que se dexasse curar) que bastava que ella con su mano hiziesse la Cruz sobre su pecho lastimado, y que con esto quedaria sana. La madre hizo la Cruz, y el mal desapareciò, dexado en el pecho vna señal muy pequeña, y delgada, como vna punçada de aguja, q̄ le durò toda la vida, para q̄ se viesse q̄ Dios misericordiosamente la avia sanado, y aquella señal fuesse testigo, y memoria deste beneficio muerta la S. Madre, quedò la S. hija anhelada cada dia mas à la perfeccion, y vivièdo en la tierra, gozava muchas vezes de los regalos, y consolaciones del Cielo, alentando cò sus exèplos, oraciones, y palabras, como madre, y Maestra, à todas las otras Donzellas, y esposas del Señor, q̄ vivian en su compañía; hasta que andando su hermano S. Gregorio Niseno desterrado de su Iglesia, por la persecucion del Emperador Valente, herete Atriano, y avièdose hallado en el Còcilio de An-